

Hay en mi vida un episodio en que la aviación no tiene parte ninguna, pero cuyos efectos han pasado largo tiempo sobre mí.

Quería yo tomar datos exactos acerca de una tribu aborigen, caníbal según todos los testimonios. Me encontraba en la Gran Isla, situada en el golfo de Carpentaria, en los Trópicos, al norte de Australia. Hacía años que oía yo hablar de los aborígenes aludidos; pero nadie parecía tener acerca de ellos datos precisos, y yo quisiera levantar el velo y estudiarlos científicamente.

#### LA LOCURA FINGIDA

Yo sabía que eran hostiles a los blancos. Casi todos los indígenas de estas tierras lo son en general, y para ello no es preciso que sean caníbales. Pero los aborígenes tienen, aparte de éste, otro rasgo común: no temen ni respetan más que a dos géneros de individuos: los misioneros y los alienados. Mientras el misionero se ocupa de las prácticas de su religión, lo miran con una especie de veneración supersticiosa y no tiene nada que temer. Les inspira miedo. Por lo que hace a los alienados, el punto de vista de los indígenas es que están en estrechas relaciones con los dioses y, en consecuencia, hay que tratarlos con dulzura y bondad. Estos caníbales tienen para sus locos más consideraciones que nosotros guardamos a nuestros hombres de genio.

Tenía donde elegir: o hacer de misionero o fingirme loco. Pero como ni aun queriendo me era posible representar el papel de un hombre religioso, me lancé a la selva, habitada por estos comedores de hombres, sin arma ninguna, ni siquiera defensiva. Durante varios días recorrió en canoa el río, infestado de cocodrilos, que atraviesa la comarca, y anduve por la espesura, convencido de que se me vigilaba estrechamente. Ojos que no veía seguían indudablemente todos mis movimientos.

#### SITIADO EN LA SELVA

Pasado algún tiempo, me consideré más seguro. Pensaba que si hubieran tenido intención de matarme no habrían esperado tanto. Pero debo confesar que la continua vigilancia a que sabía que estaba sometido me había impresionado, y vivía muy sobre aviso.

En unos días no tocaron nada en mi campamento; pero había en él huellas de haber sido visitado, y una noche, al volver, advertí que me habían substituido el cepo de que me servía para atrapar pequeños mamíferos para mis estudios zoológicos.

Pensaba yo que los indígenas irían familiarizándose con mi presencia y que no tardaría en ver algunos. Y en efecto, aquella mis-

## Los sobresaltos de un explorador que quiso estudiar a unos caníbales

ma noche, cuando estaba en mi canoa acostado bajo el mosquitero y a punto de dormirme, oí furtivos pasos. Me pareció que se acercaban, al menos, dos hombres.

La primera idea fué ponerme en pie y hacerles cara. Pero en se-

biera habido luz los dos indígenas habrían podido verme horripilado de espanto, cuando un instante después las agudas puntas de sílex de sus jabalinas estaban apoyadas contra mi pecho y los hom-

## Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLÍNICAS DE PARÍS,  
BERLÍN Y VIENA

### ESTOMAGO-NERVIOSAS-VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diátermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabáticas del Trigénimo, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

### SUIPACHA 612

DE 8 A 18 HORAS U. T., LIBERTAD 0260

guida comprendí que primero que quisiera hacer un movimiento me habrían sujetado y apresado. Además, si me movía podrían considerar mi actitud como hostil, y la consecuencia sería una granizada de jabalinas. Retuve la respiración, y decidí permanecer inmóvil y fingir que dormía, aunque si h-

bres, uno a cada lado mío, ardían en deseos de matarme.

Hubiera cerrado los ojos, pero me tenían aquellos hombres como fascinado bajo su mirada. Me pareció que uno hacia al otro señal de comenzar y que las puntas de sílex me desgarrraban ya la piel.

### EL CARACOL y LA HAMACA

#### Fábula

*Por las cuerdas de una hamaca en movimiento, viene deslizándose penosamente un caracol, el cual después de inauditos esfuerzos, llegar a descansar sobre la tabla.*

*—¡Vamos, caracol, valor! —Te presto mis alas! —Arriba, siempre más alto, vuela, caracol, vuela!*

*Entrando los cuernos y reduciéndose todo lo que puede, el infortunado molusco, al sentirse insólito, babosea, y aprovechando esta materia viscosa, adhiérese lo más fuertemente posible contra la tabla.*

*Fatigada del vaivén, la hamaca termina por detenerse, circunstancia que aprovecha el caracol para huir con la máxima velocidad que le permite desarrollar el fardo que continuamente arrastra sobre sí.*

*—Oye, caracol, no te alejes. Ven y volveré a hacerte conocer la embriaguez y el orgullo de subir alto, muy alto; y una vez que hayas escalado el azul no*

*te parecerá tan duro el tener que arrastrarte.*

*Pero el caracol aviator por un instante, no presta oídos y prefiere alejarse sin detenerse a charlar con nadie.*

*Al considerarse bastante distante del aparato que tanto miedo le causó, detiene un momento, y dándose vuelta hacia la hamaca que por ahora permanece inmóvil:*

*—Cada cual tiene marcado su destino —dijo.— En esas alturas que tú te complaces en escalar hacen falta lechuzas y yo prefiero mil veces seguir mi camino por entre las verdes plantas, que explorar nubes. Yo me arrastro lentamente, es cierto, y tú vuelas impetuosamente, pero por más despacio que camine, siempre estoy seguro de que algo he de adelantar, mientras que tú, cualquiera sea la fuerza que te impulse, y por más alto que te remontes, has de volver al mismo sitio, indecidiblemente.*

## ESPANTO MORTAL

Estaba demasiado asustado para moverme, aunque lo hubiese querido. Yo sé lo que quiere decir la expresión "paralizado de espanto". De pronto, uno de los aborígenes hizo un movimiento de cabeza más acentuado y yo pensé: Ha llegado mi última hora. Pero, con gran asombro mío, ambos levantaron la lanza y desaparecieron en la espesura. Me habían conmutado la pena, me habían respetado la vida. Pero ¿por cuánto tiempo? Yo había oído decir que estos indígenas no mataban jamás criatura ni a sus enemigos durante las horas de noche.

## ANGUSTIOSA ESPERA

Como el alba había de tardar más horas, decidí dormir y despertarme antes de amanecer para estar dispuesto a cualquier eventualidad. Como no tenía armas, no sabía a ciencia cierta lo que haría; pero tenía la creencia de que entregándome a cualquier extravagante rito podría persuadir a los caníbales de que era un loco o un encantador.

El mucho viajar me había dado la facilidad de dormir cuando quería y despertarme a la hora que me proponía también. Me dormí y me desperté antes de que el primer rayo de sol iluminara el terciopelo obscuro del cielo tropical.

Me recosté y apoyé la cabeza en la mano en espera de acontecimientos. No tardaron. Cuando envió sus primeros rayos el sol desembrió entre la maleza grupos de puntas de lanza. Los portadores, agachados, estaban ocultos por la vegetación. Vigilaba yo sus movimientos con atención tal, que me olvidé de mirar hacia otro lado; y de pronto me congeló la sangre con el rabillo del ojo una figura inclinada, atrás el brazo y dispuesta a arrojarme su lanza.

## LOS CANIBALES SE HACEN AMIGOS MIOS

Por fin, mi persecución les hizo efecto, y aquellos hombres se pararon. No entendían palabra de las que yo les decía, y tardé mi buena media hora en hacerles comprender por señas y demostraciones mi disposición amistosa. Con todo, no se daban por convencidos plenamente, e iban de un lado para otro, la lanza en alto, haciendo con ella movimientos amenazadores y emitiendo gritos guturales.

Me di cuenta de que sentían tanto miedo de mí como yo de ellos.

La sorpresa me hizo gritar, la lanza fué arrojada y se hundió en tierra a algunos pasos de mí. Hubo una confusión durante unos segundos, y los salvajes huyeron.

Mucho me pesaba haber dado prueba de tan poca presencia de